

Muertes de Buenos Aires

Por LUIS SOLER CAÑAS

Buenos Aires muere infinitas muertes cada día: cotidianos desgarramientos, amputaciones y esfumaciones. A medida que crece, se renueva y se transforma, van desapareciendo costumbre, destruyéndose pedazos de su fisonomía material, quebrándose hilos de tradición que nos ataban al pasado inmediato o mediato. Para las nuevas generaciones esto significa poco o nada: viven su presente, que se tiende anheloso al futuro, y el pretérito sólo entraña una rémora que es lícito —y tal vez fatal— dinamitar... Un porteño de mi edad, en cambio, que ya está por acusar los cincuenta, empieza a dolerse de la indiferencia y la frialdad con que se consuman esas mutaciones físicas o inmateriales de la gran urbe. ¡Qué dirán, entonces, quienes nos superan en años y experiencias! Todos vivimos espiritualmente unidos a nuestra juventud, anclados —quiere o no— en un tiempo ideal que no se compagina del todo con el film de esta actualidad. De tanto en tanto, pero cada día menos, las páginas de los periódicos registran los reclamos dolorosos o el testimonio nostálgico de quienes asisten, impotentes, a estas pequeñas grandes muertes de Buenos Aires...

Poco antes de abandonar este mundo, el pintor y medallista Luis Aquino protestó, incluso en TV, por la destrucción que amenazaba a la antigua casona en que habría funcionado la jabonería de Vieytes: una reliquia casi patricia. En Caballito cerróse, hace varios



Afilador: gira su rueda por los suburbios próximos al olvido

moses, el café de Emilio Mitre y Rivadavia sobre cuyo chato edificio giraba la voleta del airoso caballito que perpetuaba la tradición de ese viejo núcleo urbano. Sólo alguna publicación recogió, a las cansadas, un eco de aquella desaparición que, sin embargo, conmueve nuestros corazones. Paradójicamente, en un diario bahiense leí poco menos que una elegía suscitada por la demolición, en el mismo barrio, que es el mío, del antiguo palacio Carú, una de las últimas joyas que sobrevivían del antiguo esplendor de ese Oeste de quintas y mansiones arquitecturadas con magnificencia y belleza. Años atrás se procuró vanamente salvar en Retiro la vieja casona de los Obligado, donde el poeta nacional, el autor de Santos Vega, dejaba irrumpir su inspiración y también congregaba a sus pares en el arte y en el ensueño para la tertulia amistosa. El recuento de las cosas esfumadas, solamente en lo físico, sería interminable...

Consolémonos. Toda muerte es condición de vida. Costumbres, seres y edificios mueren, todos los días, para que Buenos Aires viva, cada vez más pujante y bella, aunque a veces lo nuevo nos haga ascos en el estómago o simplemente nos haga añorar las gracias y las magias de ayer. Y, sin pretensiones de registro puntual, cronológico o fiel, esbozcamos un panorama de esas pequeñas grandes muertes porteñas que se van consumando sin que muchos, a veces, lo adviertan, envueltos en el trájín y el tráfigo cada día más fatigosos y febriles de la ciudad...

TODO LO QUE SE FUE

No vamos a hablar, claro está, de los tranways a caballo, que yo personalmente no conocí, ni del lechero que arreaba sus vacas por una polvorienta calle de tierra en la Floresta de mi infancia, repartiendo el niveo producto de puerta en puerta, ni tampoco del tambo que penumbrosamente emerge de mis recuerdos en la esquina de Córdoba y Rodríguez Peña, donde hoy existe una farmacia. Allí penetré, según mis cálculos, llevado de la mano por mis padres o mis abuelos, cuando tenía cuatro o menos años, y veo todavía los animales y siento la áspera fragancia de los pastos del pesebre y se me hace como que percibo el glorioso sabor de aquella leche matinal, fresca y servida en un vaso generoso...

No recordaré aquello, tan lontano, pero ¿no merecen un recuerdo cariñoso los viejos tranvías eléctricos por los que todavía suspira una multitud de porteños y que hoy sobreviven, siempre útiles, encarando otros destinos y funciones: albergues, capillas, bibliotecas?.. Fueron una institución porteña y sirvieron de inspiración en innumerables ocasiones a los poetas de la ciudad. También es ya mero recuerdo otro vehículo cuyo paso por Buenos Aires duró más o menos unos quince años: el trolebús, cuya elegancia y comodidad iniciales, que le ganaron el afecto general, fueron deteriorándose hasta que otro tipo de problemas determinaron su alejamiento. También se fue para siempre el viejo coche de plaza, el "mateo" que sobrevivía sin el lujo y la distinción de aquel 900 que se prolongó hasta la primera guerra mundial. En sus últimos años, los pocos que restaban estaban adscriptos a funciones subsidiarias, descendentes en la escala de jerarquías del transporte: servían para las mudanzas baratas, para volver del mercado tras una compra abundosa e, impensadamente, para algún viaje con auténticos viajeros nostálgicos o divertidos. En 1938, siguiendo una costumbre casi tradicional de los estudiantes de nuestra ciudad, con mis compañeros del último curso del bachillerato ocupé uno que desde el restaurante céntrico donde nos proveímos de fuerzas para la noche de bromas y alegría, nos trasladó hasta los jardines de

Palermo. Últimamente estacionábanse en algunas plazas, a la espera de hipotéticos clientes, el auriga que tenía trasuntos de pasadas edades y el jamego que parecía requerir ayuda para arrastrar el vehículo...

EL ÚLTIMO MATEO

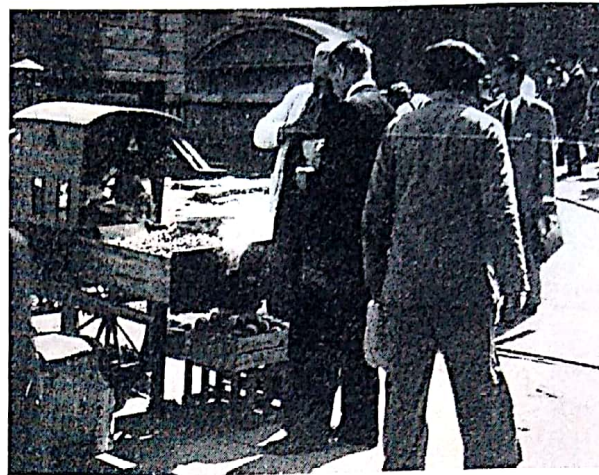
El último mateo no se desvaneció solo, hundido en la soledad y el fracaso de su vejez. Se fue junto con todos los demás vehículos de tracción a sangre: la liviana jardinera de los lecheros ágiles en montar y desmontar de lo alto de ella con sus tarros prontos; los carritos de verduleros y fruteros que despaciosamente recorrían extensos itinerarios callejeros con su desbordante carga de naranjas doradas, violentas zanahorias, frondosos repollos, amarillentos zapallos, melificados melones, tomates restallantes, lechugas todavía frescas de rocío y manchadas de tierra; los carros de los plumereros, simpáticos personajes que pregonaban como una fiesta en días de sol su atrayente mercancía: cestas, escobas, sillas de paja y otras confortables delicias artesanales que van pasando al olvido; el nauseabundo carro de la basura, trepados sobre el cual, entre tacho y tacho de desperdicios, sus ocupantes ejercitaban la primera fase del "cirujeo"; los carritos, muchas veces de mano, de los botelleros, que se llevaban los envases vacíos, los diarios, las revistas y toda suerte de papeles y accesorios de los que urgía desprenderse, "inutilidades" a las que ellos encontraban provechoso destino; las chatas arrastradas por percherones, en fin, y la variada catadura de carros y carruajes de todo tipo que al alba todavía neblinosa emergían desde el hondón de los corralones ciudadanos o suburbanos para dar sus notas propias y peculiarísimas en la sinfonía callejera...

Todos ellos se fueron con el advenimiento de la disposición que fue restando márgenes y superficies a su andar, hasta que al fin la ciudad entera les fue proscripta. El caballo es ya una ausencia —tangibile, diríamos, palpable— en la urbe en que un día —lo cuentan antiguas crónicas, veraces viajeros— hasta los mendigos se daban el fácil lujo de una cabalgadura...

Vuelvo con la imaginación a la calle Córdoba: entre Callao y Montevideo alzaban sus esqueletos de fierro los puestos de los feriantes cuya actividad daba pábulo a otras ocupaciones y menesteres: los bares que los aprovisionaban de café calentito en las madrugadas invernales y los variados vendedores ambulantes. Recuerdo al churrero —otra figura desaparecida que emerge en esta convocación de fantasmas— que se instalaba allí con su canasta y él a su vez evoca otras imágenes que ya tienen residencia forzosa en el recuerdo. Las ferias, por su parte, si acaso subsisten, han perdido su fisonomía tradicional. "Internadas", parte sustancial de su atracción esfumóse, y Nicolás Olivari, a buen seguro, no hallaría ya en ellas el encanto que supo transferir a la pintura que hizo de ellas en sus postales de Buenos Aires...

LOS VENDEDORES AMBULANTES

Y si el churrero ha desaparecido con su sencillo manjar espolvoreado de azúcar ¿qué decir del barquillero, del expendedor ambulante de fainá, del vendedor de turrón japonés a quienes la entrada y salida de clases congregaban frente a la escuela para tentar deliciosamente nuestros paladares jamás exhaustos? El penúltimo manisero —¿os acordáis de aquellas humeantes "locomotoras"?— está anclado (o estaba hasta hace un tiempo, semanas o años atrás) en los portones del Zoológico o del Botánico. Más ya su pregón no se



Humeante locomotora —tal vez la penúltima—, tentándonos con su siempre cálida mercancía

divulga en los atardeceres de la frígida estación, anunciando su cálida mercancía en las calles de los barrios humildes... ¿Dónde están los sudorosos heladeros de nuestra niñez? Los de ahora, motorizados y mecanizados, con sus productos higiénicamente envueltos ¿qué tienen de común con aquéllos? Hasta las cremas heladas tiene otro sabor... Tampoco se escucha el pregón del pescador, caminador infatigable, con sus canastas balanceadas en la caña atravesada sobre los hombros. Ni se oye con frecuencia el armónico silbato del último afilador, que anda haciendo girar su rueda por los suburbios próximos al olvido... Junto con ellos, con esos trotadores de calles y veredas, caminoteadores incansables de la ciudad, también se está yendo silenciosamente, corrido por la mecanización y la urgencia, el paciente martillador de suelas y medias suelas. ¡Oh, zapatero "remendón"! ¿Qué Fernández Moreno o Nicolás Olivari cantará tu elegía?

LAS VIEJAS LECHERÍAS

Ya se fue el churrero con su canasta. Y nos quedamos sin churros, a no ser los que deambulan, insinuantes y minifalderos, por las arterias de la gran ciudad. ¿Recordáis el chocolate con churros que nos servían en aquellas viejas lecherías donde tantas veces gustábamos las sabrosas de la pobreza: el completo y las medias lunas, el capuchino y el submarino, las ensaimadas y el pan de leche? Lecherías... ¡Refugios de la madrugada fría, de las tardecitas invernales, salvación del modesto empleado y de la pobre obrerita que allí "almorzaban", en compañía del canillita harapiento y del vago que alcanzó unas monedas de la caridad al paso! Lecherías, chocolaterías, "martonas" ayer lujosas y tradicionales, también ellas prolongan dolorosamente su agonía entre tantas feas elegancias de hogar: grills, copetines al paso, merenderos peripatéticos además de patéticos... Se van, como esos cafés de barrio, con o sin billares, con su "parroquia" de siempre, las ruedas de discutiadores y arregladores del mundo y del "fútbol" o los "burros", el clásico habitué que era como una piedra más de sus muros. Se van como los despachos de bebidas, aquellos "estaños" que daban un sabor distinto al trago ritual y cotidiano, y donde tantas noches filosofamos, enderezamos el mundo o sencillamente lo vimos pasar mientras "cañitas", "semillones" y "medios litros" iban cumpliendo sus rondas horarias... Se van, como las dulcerías, de las que ya no queda una ni para remedio; como los cambalaches que otorgaban una fisonomía singular a dos o tres cuadras de 25 de Mayo y de Libertad. ¡Viejas "tres bolas" que

la transformación vertiginosa de los tiempos fue derumbando inexorablemente: cuántos porteños supieron de vuestras anclas de salvación! ¿Quién sabrá interpretar, cuando hayáis muerto del todo, la letra del tango de Discepolín?

LIBRERÍAS Y CAFÉS

Se van, como las viejas librerías de viejo. No las de ahora, donde con los libros se mercan discos y puntillas y baterías de cocina y artículos de plástico, mientras simultáneamente se oyen disparos de rifles de aire comprimido o se ensayan suertes en la feria anexa. Sino las de antes, como la de Moreira en la calle Lavalle, visitada por Macedonio Fernández, o la del catalán Vidal, paradigma de esas "librerías teatrales" que hace rato faltan en el rostro porteño; como la del Saber, de los tres hermanos Matera, que abría sus puertas, pasadizo a un mundo de fabulosas curiosidades, en las arquerías del Paseo de Julio, a veinte metros de la Casa Rosada, o la del viejo Palumbo, cuyas barbas presidían en los últimos años nuestro inquieto huroneo por los anaqueles donde se escondía el volumen inencontrable... En la calle Corrientes todavía está, dichosamente, la de Moro: una institución de la ciudad que su actual dueño, hijo del fundador, defiende a capa y espada...

Teatros, dancings, cafés, confiterías, sitios para la amistosa tertulia, para el moroso "matar el tiempo", insustituibles para el palique del vermut... Todo se va yendo de a poco: el Chantecler y el Tabarís todavía encienden luces de nostalgia en los "muchachos de antes"; los tangueros nostálgicos rememoran las veladas del bar Domínguez, del café Marzotto o del Nacional, mientras se vierten lágrimas de dolor verdadero por la muerte del "estaño" de Talcahuano y Corrientes o la del viejo apeadero de gentes de todas layas que fue La Paloma en Santa Fe y Juan B. Justo. El Richmond de Esmeralda también se fue; eso sí, con la cantata elegíaca que suscribió Paco Muñoz Azpiri: "el Café por excelencia, el cubil del noctámbulo, la esencia y presencia, en el centro, de toda la cafetería trashumante de los barrios, con su secuela de implicaciones sentimentales".

Paco Muñoz Azpiri sabía hallarle el sentido profundo a estas muertes de Buenos Aires. Y se fue la vieja Pasteur, donde, periodistas insomnes y locos divertidos, mujeres de la vida y trasnochadores ocasionales, todos llegábamos a las cuatro de la madrugada para alegrar por penúltima vez nuestros gaznates y compensar las necesidades de nuestros estómagos en vela... Del acogedor Los Tres Ases ya no resta más que el nombre pero durante años fue uno de los pocos refugios abiertos al viandante nocturno deseoso de restaurar fuerzas o desgranar las últimas vainas de la charla al calor de un cafecito. Maxim de la calle Maipú, Kessler de la calle Corrientes, Munich del Once, Helvética antigua... Ha pasado agua bajo todos esos puentes y se ha llevado pedazos de nuestras vidas. Y no habléis con un "teatrero" de antes: os contará con íntimo sufrimiento las demoliciones que han ido privando a Buenos Aires de salas tradicionales, llenas de afectos, recuerdos y glorias.

LOS PERSONAJES POPULARES

Cada barrio tiene sus propios dolores. Flores vio irse de a poco, como envueltas en silenciosas gasas de injusticia, sus viejas quintas, tal La Moyosa que cantó Fernández Moreno, y sus palacios de ensueño, como el Miraflores. Palermo vio desaparecer, con la Penitenciaría, el último vestigio de la Tierra del Fuego. Y de tanto



También el "tchero" se nos está yendo, Buenos Aires, perseguido por la urgente mecanización

en tanto, sacudido por algún anuncio tenebroso de progreso, San Telmo tiembla de pies a cabeza...

¿Se fueron los churros? Sí. Y los bolmitos de Tarragona. Y el dulce de leche en tarritos que costaban diez "guitas". Y los bizcochos con grasa, que ahora son otra cosa y vienen en latas. Y el gofio, atracción de los días pueriles. Y tantas otras cosas que eran nuestras, porteñas, trozos de urbe definitivamente idos o en trance de desvanecerse. Como los personajes populares. Los había en cada barrio, en cada plaza. Como Benito Costoya, el hombre de las palomas, se van muriendo, o como Chuenga, el caramelero más singular que el mundo vio, se retiran de la actividad. Tal vez os acordéis de un personaje que solía pasear las calles del centro: Adolfo Menjou en persona, con su mismo bigote, su sombrero característico, su elegancia refinada, el bastón en la mano y la flor en el ojal. Se lo veía caminar despaciosamente por Corrientes, demorarse en una esquina de Florida, sabiéndose espectáculo, porque a eso salía: a que lo contemplasen, a exhibirse. ¿Quién era, cómo se llamaba? Nunca lo sabremos. Murió un día de 1963; en silencio, con su secreto dolor latiendo en las venas guardó sus ropas, envainó su estoque, arrojó la marchita gardenia al cesto de los desperdicios, cuando el cable frío, irónico, sin alma, le trajo la noticia: el real Menjou había muerto en su Hollywood de siempre. Entonces, con un gesto de actor envejecido de fracasos, el Menjou porteño desapareció de la circulación. Era otro más apenas, en las infinitas, cotidianas, interminables muertes de Buenos Aires...



Carro repartidor de hielo, antes que el advenimiento de una disposición interrumpiera su sinfonía callejera